

***Mari
Carmen
Mora***

Retratos
Del Hombre Pájaro

A todos los que me hicieron volar...

Y a ti, Vida
(gracias madre por tu vientre)

*“Y regresan los pájaros a los mismos tejados
incendiados del aire con las alas plegadas”*

*(Ese tren que nos lleva,
J. J. Vélez Otero)*

ÍNDICE

Temática

Mensaje, 5,6

Primeras impresiones

Objetivo, 8

Panorámica, 9, 10

Cámara oculta. El árbol, 10, 11

Distancias

Zoom, 13, 14

Detalle, 14, 15

Elementos

Calidoscopio, 17, 18

Un negativo, 18, 19

Sonido, 19, 20

Retrospectiva, 20, 21

Autorretratos

Testigo, 23

El Paralelo 53, 24

Flash, 24, 25

El Señor Scrooge, 26, 27

Memoria inscrita, 27

Fondo

Noctámbulo, 29, 30, 31

Rebelado

Retrato de sí, 33

En positivo, 33, 34

Rojo turbio, 34, 35

EPÍLOGO, 36

Temática

Mensaje

Te he visto volar enarbolado de viento
y renacer junto a la brisa que el agua chapotea en gotas
y en rosas. Florecer como un río
de tenue pincelada curva sobre la tierra.

Te he visto encanecer los ojos y de llanto
apagar tus aguas bravas en una mirada rendida
-yo creo que sólo cansada-,
y he observado cómo entretienes al niño
que alza sus manos de puro juego y alegría.

Te gusta navegarte en calma
y distinguir los rincones ocultos por los que transitas. Tu
voluntad de subir a la azotea, a la grúa más alta,
a tu maravilloso globo aerostático...
es anhelo de suspiro, de raíces afianzadas
en ese lugar que bien conoces.

Te gusta enamorarte de mil cantos
y enternecerte de aciertos ilusos...
Hacer un puente con la lluvia resbalada bajo el cristal, y
tus dedos.

Vitorear un abanico de pájaros, en un espacio
borrado de nubes, que comprenderá de fondo
un descubridor que llegue más tarde
o esa gaviota ensimismada de puerto, y de barcos.
Tu puerto.

Has amalgamado formas y colores con el alma viajera,
el poeta anónimo, el verso infantil...
Ves al hombre en la distancia

que te alegra la existencia con esa lucha constante
de fuerzas entorpecidas, locas
en su juego de luz y sombra, que el sentimiento
le descubre.

-Es curioso que, las chicharras invisibles
vengan a ofrecernos a todos, de repente,
una agradecida señal de estío-...

Ya sabes,
de nada vale ser un yo queriendo ser hoja,
quedarte activamente solo, si todavía
no cejas de moverte, veleta.
De nada te sirve ser espacio
y volar a la parte más despejada de la ciudad, y desde allí
esperar las bendiciones del cielo. Las aves,
que te recibirán gustosas...
Porque ese viejo tren te recuerda:
Que el Hombre Pájaro no entiende de vestiduras ni de
máscaras.
Él, solamente, es.

Primeras impresiones

Objetivo

En lo alto sientes el cielo, en lo alto miras,
contemplas desde tu centro. No el mundo a tus pies,
la vida en perspectiva,
el arco iris de todos los colores del blanco al negro (y el
gris),
la alegría de todas las existencias.
El horizonte acontecido, revelado en rayos (pero sin ser
visto).

Los edificios con sus azoteas arriba, arriba. Y las antenas.
Las casas diminutas a la vista, los cristales que...
distancia de intimidades, sucesos en el círculo de un
clan. Otro, y otro... Familias.
Confraternadas personas de sangre, de carne y huesos,
todos, los ascendientes, los herederos,
en pedacitos arrinconados de ladrillo y hormigón.

Todo sobre la tierra de tus ancestros, la mirada sentida
que se entremezcla con la caricia del viento,
viento... aire que alivia, relaja y... sueña.
Melodía del infinito sobre lo finito.
Tu, yo...

Como la hormiga sobre el suelo, así somos
por otros dioses quizás contemplados, y otros
maximundos (macrocosmos de gigantes).
En la minifantasia de creer ser dueños, aunque mundos
para otros.

Y nos miramos
en el microcosmos, desde las cortinas,
las corremos y descorremos con mirada indiferente
o conmovedora, o enternecida.

Y somos, queremos ser... pájaros.

Panorámica

La plaza se abre al sol espatarrada
por el tórrido verano, con sus toldos naranjas,
sus flores recién puestas y sus bancos
de madera y barniz.

Nunca habían llegado tantos pájaros
a contonearse por la ciudad, gorriones de pico tieso
inundando las aceras
como si fuesen suyas, silbidos mensajeros
cruzando sin prisas el anchuroso cielo.

La tarde se calienta abochornada, se aletarga
por unas nubes de gris acero.
Torcaces le vuelan las aves
sin ningún secreto, entremezclando
en arrebatos de prisas y sofoco, por las sirenas de coches
los peligros del viandante.

La invasión de la creciente naturaleza,
llena de encanto, atisba espacios sencillos
por donde todo es uno y nada desentona.

La pasión entremezcla un arrumaco
enternecido de floresta.

La plaza coqueta
en la caricia del día se desvela y descoloca
como una loca entretenida y feliz,
con su sonrisa, su canto.

En el recato de formas le llama la ilusión
sin despecho ni resentimiento, todo le es aceptable,

valioso. No sueña otra cosa
ni quiere ser otra, dona su paz,
entrega su arte a la tierra
que la mira.

Disfruta la vista contagiada
por un calidoscopio de tonalidades
y un pétreo movimiento. El abanico de mil pájaros
por donde todo es sueño,
y se queda en la calma
de su pintura de tardes, en el paseo.

Cámara oculta. El árbol

Me nace una algarabía de notas de una sensación
extraña
que no sé cómo nombrarla, pues nace alejada
como sin dueño
en una isla rodeada de mar
para que no lleguen fácilmente los otros, los extraños.

Ni siquiera me apetece descifrarla, ¡no lo deseo!,
me rebelo a ponerle nombre. Estoy enfadado con Dios,
no quiero que me oiga.
Esa sintonía nace porque así está establecido
el dolor de la vida, dolor de parto.

Me resisto a ser ese árbol frondoso
que se ve en la distancia rodeado de tierra, lejos de los
matorrales.
Parezco un extraño en un campo de nada,
parezco el vigilante que ve nacer pequeñas simientes
mientras se va alejando más y más
hasta el horizonte del cielo.

Las heladas y la lluvia no me desatan nada,
¡antes bien me fortalecen!.
Los pájaros me sintonizan con su canto,
la tierra me sostiene.
Y en ese azul inmenso... me congratulo con...
Pero... ¿fui yo quien decidió crecer?,
¿o fue “el dios” quien me elevó de los matojos?.

Esa sabiduría de notas
hace ensanchar mis brazos cada año,
nacer mis hojas en el inicio de la primavera,
extender las raíces en lo profundo del suelo.
Con esa mezcla infinita el sol hace correr mi savia,
y renovar los lazos con el día, que llega,
o con la noche, que duerme...
y me desarrolla en el gran silencio.

El mundo gira en mis entrañas
y yo giro con él.
Hay otros árboles plantados
hay otros lugares en el planeta,
entre la luz y la sombra
todo calla en el espacio,
todo se hace polvo en el fluir...
de su... existencia.

Las horas son largas, eternas
pero no hay soledad, ni adelanto,
sólo dejarte ser
o soñar despierto sin que se seque mi tronco.

Distancias

Zoom

La paloma sola. La paloma está sola
por el pico del tejado, sobre unas tejas.
Se pasea, adelante y atrás.

Su pareja, dos,
se recortan contra el cielo, al irse lentamente la luz,
el brillo tenue y fresco del verano.
Se arrumacan, se alejan y se miran,
juegan la danza sobre el alero de la vieja iglesia.

Se arreglan las plumas,
se pone guapa la hembra. Ella espera
al llegar la noche, ella espera
tranquila y paciente el ciclo del día
arrancado al mes de junio (pero ellas no lo saben).

Sólo se pasean. Rondan el campanario,
rondan lo alto de la iglesia...
y al cielo lo invaden los pájaros, lejos, lejos,
cerca, sobre nuestros oídos,
sobre nuestras cabezas.

Llenan de música la plaza, la llenan de movimiento
la ciudad, las casas, las calles.
Surcan y surcan el aire...

La paloma se ha ido de repente,
se ha ido con su palomo, a cuidar del nido.
Se han ido a dormir (o a arrullarse).

Y el cielo cercano se apaga,
y el brillo queda al fondo, como foco de niebla
dulce, suave,

más y más lejano.

Apaga su lámpara la tierra, para dormir
en este lado, taciturna
la superficie del planeta.

Ya no está la paloma en el tejado...
Silencio en el campanario.

Detalle

Se tronchó la rama del árbol, se tronchó
por ir a lo alto
en el suelo, caída y rota.

Sus ramas dejan adivinar
una fronda boscosa que ya no es sombra
ni es nido. Ahora es sol.

El prado pequeño se abre a la ciudad,
prado añoso.
El árbol parece partido por el rayo
árbol hermoso, caída su rama hermosa.

Árbol enamorado de los pájaros,
árbol erguido y robusto.
Verde rama alzada en las alturas
en busca de viento,
en busca de sol, de cielo.
(Los niños revolotean felices por la arena).

Todos buscan
enamorados de la vida, moverse
hacia todos los espacios,

vueltas y vueltas
del soplo momento al instante de aquí,
ahora y quietos. Se preparan para bailar
la danza de la alegría,
la celebración del renacer
al mundo, al infinito...

Por todos los ángulos
el árbol de la ciudad sonríe.
Vive, desde todas las eras,
con el poder del “ahora”.

Elementos

Calidoscopio

Las antenas están puestas y todavía hay
mil historias, diez mil historias que se entrecruzan
en las afueras.

Tal como se siente en la gran ciudad,
tal como se sobrevive en un día, invisible
cuando la tarde se deja caer, maravillada
y las ventanas relajan, por fin, sus ojos.

Es cuando tú, compones tu luz,
mi cielo de zafiro, evanescente. Es cuando
los silbidos alados se interrogan
buscando huecos
con su rápido recorrido de existencia infinita...

Entonces, quizás el hombre quiera
acompañarte en la deshora de esa caída. Quizás
quieran los tejados romper su silueta, llenos
de antenas y chimeneas...

O quizás, madrugador el grillo
vuelva a ser el anunciador de la noche
y el silencio se componga
de sonidos armoniosos: las risas, las quejas,
los coches que se cruzan incansables,
las voces de los seres
descomponiendo su monotonía de vida ante las horas.

El viento... llega más fresco, en ese azul
que se diluye. La ciudad adormecida teje sus entresijos
en una balanza,
y se permite los caprichos de su alma de colmena.

Mantienen esa conexión las estilizadas antenas
con el cielo, con un firmamento infinito, brillante,
que se va colmando de mar intenso,
o se oscurece con la noche
y se va fundiendo en un profundo océano...

Las chimeneas, los respiraderos
hacen de las casas el humo, que acoge el viento en las
alturas.

Apuradas al espacio, todas las medidas contienen
una esencia familiar, un rincón
de la intimidad y de la cordura,
¡y el mundo fugitivo los contempla!. Todo
lo cálido, lo humano, fundido en una ligera distancia
al filo de las aves, que sobrevuelan las azoteas
¡tan gráciles y ligeras entre el viento...!

Todo lo hermoso y triste, todo lo barriobajero
que el hombre encierra y que amasa
en humilde plenitud...
Pedacitos de estancia, que día a día se sumergen
en la misma nada
tornasolada y obsoleta, cuyos recuerdos perduran
con los extraños resortes de la modernidad.

Un negativo

Carga la magia con su ausencia. Carga
como si fueran pesares rotos.

Y arrorró la cuna duerme, enternecido,
el niño que ahora carga con muletas. Arrorró
la luna en su planisferio azul con plata.
Baja la gata y entre el silencio... mece la cuna.

Una efigie sin rostro burlan las estrellas,
lejano, el tablero encienden.
Con las notas estridentes su magia se esfuma
en un cuarto, y otro
de una dimensión pequeña aferrada a lo invisible.
Pero el niño arrorró no distingue, cerca se mece,
como un pájaro.

Carga de choque los tiempos. Una luna rota
de espejo antiguo de madera noble. Causas
que a sus procesos vuelven,
como lo hizo el niño en su momento, blanco,
arropado de rígidas marionetas,
arropado en su cuna...
Cerca está la gata. Ya no hay pájaro.

Sonido

Tan especiales trinos en una alameda ventosa llena
del griterío de coches y de voces.
Suenan el ambiente perfumado en tonos
variopintos, pintiparados. Se anuncia
lluvia machacona y pertinaz, cielo
gris, airoso y turbador...

La banda sonora se desgrana,
avisan sus armónicos resplandores
del cobijo a los sin techo, abrigo.
Mariposean con las hojas pájaros
de tamaños inferiores. Perlas grises y rosadas
se ocupan en recoger de polvaredas
grano, hormigas y lombriz
con que alimentar y defender su nido.

Hay silbidos en el tejado, bajo las tejas huecas,
en recovecos,
sobre brotes de arboleda, sobre la hierba.
Se lanzan en corrientes al objetivo
que exige destreza, y vuelos libres
a la pareja o al hijo recién incubado,
para dar mensaje de gorjeo, lenguaje
de voz alegre y palpitante que anuncia primavera
y despierta los capullos...

El tronco añoso no está triste
siendo refugio gigante para sus alas.
Lleno de arrumacos con la vida que alimenta
vive feliz, el árbol en la ciudad. ¡Y vaya
si jueguetean sus ramas
con el viento y las plumas que se mecen!
Llora la iglesia en el campanario, le entra envidia...
Sólo las palomas
bajan animosas sin miedo a la gente, o a la tormenta.

Retrospectiva

La catedral es refugio de palomas, sillares viejos
con apoyatura de siglos.
Las lluvias en los meandros, los recovecos,
la mugre... Se intercala el musgo con las grietas,
gota a gota con el paso de las horas
y los días.

Un arte que
aparentemente muerto, se perpetúa...
Pasan las modas pero serena al alma
contemplar la herrumbre del tiempo,

la muerte transformadora, sentirse parte
en su cambio con la vida, con otras visiones
que buscan y dejan su ser.

El valor del espacio
se vuelca en algo bello que redime,
luz que distingue las formas. Al alma
le gusta sumergirse en su respiración
eterna, hecha de realidad
en un solo punto que crece, elevado de su cuerpo,
y le sublima en canto.
Como el vuelo planeado hacia las ramas.

La hoja tendida ofrece su esqueleto
de color, esperando en armonía.
Su sabia esponjó el aire,
desprendió su perfume,
se dejó morir... entre la ventisca.
Sola, alejada
prosigue su andadura
sobre la tierra, que acoge la nueva etapa.

Formará cobijo de aves,
susurro frondoso en el prado, aleteo
de brisas o tolvánicas,
alimento de orugas. Verde
llenará la esperanza entre las poblaciones,
con su tono alcanzado por el rayo,
con su virtud de perennidad...

Y se secará marrón
para formar un manto dormido de hojarasca
que adornará jardines,
paseos nuevos. Las losas o los adoquines fríos.
Amarilla se volverá para abrir el otoño

y clarear el bosque con su alegría
de cálidos aromas, rojizos, tostados
que llamarán al fruto
a la ardilla, el gorrión y el tordo,
o al búho de la noche. Seres que abriga
y protege...

Suena el tañer de la campana. Su hueco molde
forjado en fuego silencioso, golpea la oración
y al pueblo sordo,
contagiado por la costumbre y las horas
de los rezos. La llamada al peregrino
que congrega también a las aves,
y la arboleda.

Autorretratos

Testigo

“Nunca más” navegar tranquilo, cuerpo
que en un primer momento fue pájaro sin miedo,
sueño que lo contenía todo,
esencia, frágil existir de una impresión primitiva,
agua contenida siendo parte, chispa
emoción que creó Universo...
el unísono expandir de la mente silenciosa.

“Nunca más” renuncia, lucha
que en sucesivos tropiezos se volvió torpeza,
antorcha apagada, o llama rebelde.
¡Y el miedo!, se instaló de repente
tras el segundo latir fuera del invierno,
fuera de la noche sin luz de una caverna,
fuera del huracán, que se oía cerca del precipicio,
cerca de la tortura de no ver a ningún otro...
de una cabeza sin rostro.

“Nunca más” ...olvido,
la distancia a contemplar el día poco a poco,
la espera en llanto de silencio y timidez,
de un subsuelo vertebrado por la humedad,
de una oscuridad de río agazapado entre las piedras.
-Tiemblo de terror al no encontrar salida,
sin embargo, salgo del pozo, vivo-.

“Nunca más... llegada de repetición y vueltas,
muchas vueltas. Una consciencia de fraude,
un vagamente reconocerse en el estar a solas.
¿Una especie de alusión a Vida?

...

Rompiendo tu silencio. Veo.

El Paralelo 53

En el Paralelo 53
había pasado la filosofía barata de libros, estantes,
pensamientos sobre un escritor provinciano
dejado estar en el rincón de los posibles.
El amor como presentimiento de anhelo, viejo.
Una nota más en el anecdotario sentimental.

En el Paralelo 53
veía nacerme como lector,
poeta oculto a la caza visible del entramado...
¿una sombra de vanidad?,
¿un extraño movimiento por salir de la poltrona?,
-aquí no hay armario, es un baúl que pesa con los años, y
las dudas-.
Pero sigamos en el Paralelo.

Podría haber sido un cruce perseguido, largamente
con premeditación; pero salió dulce deseo
humilde, sin levadura,
más plano y frío que si lo hubieran aplastado.
Y siguió siendo huida, en parte, aunque también
me viene... lo poco que me asombraba.

Si había un paralelo
lo prefería divisorio y claro,
sin romance estúpido, y oliendo a abrazos tardíos.
Cuando las aves ofrecían su pluma
y el Paralelo 53, su semejanza.

Flash

¡Parada!. Parada estoy
medio espantada del viento
y del tiempo que hace. `Parada`
me dice el viejo
con los huesos helados, el frío que pela...
Parada que busca en el espanto
ver cansado el espíritu que habita. Mañana,
lloran los pies y los brazos,
-el descanso vendrá-, otro día
con su dulce mañana de cielo abierto.

Y en su ser mortecino y breve descansa la Parada
y mira,
que al mirar se sienta recogida entre los hogares,
callejuelas de sol y sombra.
Y a la intemperie
el ser de la parada se marche vagabundo hacia la
incógnita,
el ser viajero que aguanta la espera, solitario,
anónimo, común. Rasgo de urbe colonizada
que agoniza lenta, como el paso del bus.

La espera altera y llama al día,
a la noche,
a la tarde somnolienta que ve pasar al hombre y a la
mujer
con su quehacer. Un rastro en un asiento,
un *no* al vacío veloz, instantáneo
del ave que trasnocha,
del pájaro de la madrugada. Ave capaz
que busca su nido, su prole.

El ser de la urbe espera paciente su próxima parada,

la estación de la vida, o de la muerte,
la Parada...
Vuelve a estar aquí
sola, unánime consigo misma,
en la espera del autobús urbano.
Donde suben anónimos viajeros en el vacío.
Miradas que se pierden en la ruta a través del cielo,
la arquitectura de los edificios, los árboles,
...
la gente que pasea, y pasa.

Viaje peregrino de Paradas y Estaciones
breves, eternas...
que señalan al mirar arriba
el alma albada de los pájaros.

El Señor Scrooge

El pájaro canta,
el ruido ensordecedor. De repente
¡agua que cae fuerte de la montaña!...
Se interrumpe el silencio y me oigo escribir,
veo el movimiento de la mano, confusa y absorta
cuando me paro a pensar.

El pájaro vuelve a cantar, animado por el ruido de
sartenes.
Alguien llega de su viaje.

Larga noche.
Me conmueve su silencio continuo
que abarca el sueño y lo transporta en brazos de
Morfeo,
-que ya no es un dios sino el liberador de Neo-.

En los pasillos de la angustia largos viajes mentales
a un frigorífico,
a un sillón,
a una cama...
o a un cigarrillo en la terraza (ese largo suspiro en forma
de humo).

Ya no me satisface el escondite,
ya no me llena de febriles recuerdos sobre la cuna.
Me corroe las entrañas en forma de venas dolorosas,
de picores...

Huele a tumba (como dice el esquizofrénico hermano),
huelen a estercolero silencioso los huecos de los
edificios.
Y la ciudad misma.

¡Es como si se cagara un perro. Uno de esos canes
vagabundos al acecho de amo!

¡Qué hay Señor Scrooge!
te he encontrado en el siglo XXI
absorto en el televisor, tragando palomitas y bebiendo
cerveza barata
bajo el sudario de horas del reloj de tu muñeca.
La más hermosa cadena de pies y manos,
los más sofisticados cerrojos de mente y corazón.
¡La celda mejor!

¡Vete!,
no me inundes más con tu miseria.
Vuelve a tu canto, pájaro.

Memoria inscrita

Busca la paz el niño en su jardín cuidado.
Busca el remanso en una playa
desierta, el horizonte
tras los cristales de su casa,
lejos del hombre y del barullo ciego de la ciudad.
Un explorador que se pierde y que se encuentra
en los rincones de las calles,
bajo los pies del árbol y el tejado, vagabundo.

Arriba o abajo, la mirada siempre:
ver beber al pájaro, tranquilo,
o alimentar el nido de sus crías.

Observa al perro lanudo olfatear cariño nuevo,
el perrito del amo, el perro de la gran ciudad.
Observa entretenerse al hombre con su cigarro sin
prisas,
el humo destapado de su boca.
Observa y asiente en la casa de su playa lejana.

...

Pero recuerda al pájaro, y al árbol
con sus crías.

Fondo

Noctámbulo

Buscando la chispa mágica en cualquier línea
que se mueve
sistemática, en cualquier pensamiento
sacado del olvido y traído a la memoria
para encontrar su profundidad...
La misma esencia argumentadora
en todas las culturas y en todos los rincones,
con sus formas intrincadas y colores singulares...
El mismo estallido de vida, o de pasión
con que se manifiesta cualquier criatura en un árbol,
cualquier animalillo en una esquina llena de basura de la
ciudad,
o la gente en un paseo, elegido ¿al azar?.

En un instante la gente camina, hace “footing”,
aprieta el acelerador
y ensancha así
los límites de su dimensionado mundo.
La mirada se eleva hacia los altos edificios
a los balcones y ventanas, sobre las grandes azoteas...
y se pone a contemplar el bullicio
o el tranquilo panorama, a veces.

Los gigantes
parecen dominio de aves que cruzan invisibles avenidas,
mientras algún atrevido, disidente de la tierra,
con alas de motor ligero,
(o el juguete inflado de algún chiquillo)
nos recuerda el deseo de Ícaro
sobre nuestras cabezas, inconscientes.

Llega la inspiración en un banco cuando pasean al perro
inquieto,
al niño en el cochecito, a la abuela
o el abuelo de paso inseguro...
Tiempo de distensión bajo un cielo azul que permite
acariciar el aire
entre los pequeños resquicios de sol.

Y este sol tibio, de tarde apaciguada,
penetra también otros ritmos:
la sirena puesta de una ambulancia, un corredor,
una chica con el bolso al hombro...
Todos los que se miran extraños, veloces;
salvo los pájaros.

El parque antiguo tiene álamos de hojas
plateadas, silbantes, diminutos gorriones
que gorjean juntos. Incluso la hierba
se conmueve a ráfagas
(y los muchachos corriendo... siguen pasando).

Una pareja amiga se viste con el mismo ropaje,
... coches, coches
que ruedan en un asfalto de carretera gris:
ruge el autobús, la moto estremecedora (con su chica);
ciclistas con vestidos llamativos,
moda de temporada, y adultos a dúo
que van y vienen...
(¡siguen piando esos pajarillos ajenos al estrépito o la
prisa!).

El viento se mueve animoso
como si quisiera acompasarnos, libres
las palabras, las miradas,
los pensamientos... que se conjuran en la noche

para seguir diferentes juegos de luces, más y más
lejanas.

Un viejo con su garrota mira, y el perro grande
huele la hojarasca, se acerca con su hermoso pelaje
otoñal.

En un piso se oye un ladrido conmovido
desde un balcón con cristalera,
bajo unos toldos verdes que se mecen...
(Parecen días de playa, el frescor de una piscina,
la cantinela de aves en la casa de campo, vacía).

El gran silencio se maneja solo
en corazones atravesados por la duda,
`si pudiera volar´ dicen a voces
cuando está cerca la puesta de tejados y de antenas
y unas luces se encaminan por la carretera hacia
cualquier lugar...

Los grillos comienzan su canción, todavía conserva el
cielo
su luz temblante.
(Un par de mascotas se encuentran alborozadas,
sus dueños se paran y se saludan amistosos).

Sobre el pequeño parque de ciudad
con sus arboledas de álamos descortezados,
pinos, arbustos de extraña floración, hierba y hojarasca,
restos de comida y papeles,
obras empezadas y anuncios en cartel...
se encienden las farolas
con luz turbia que atrae a los mosquitos y a las
mariposas.

Hace viento,

continúa cayendo la tarde
para dar paso al murciélago noctámbulo,
al lucero lejano,
y a los atrapadores de sueño, que acercan el insomnio a
las calles...
hasta que el ruido se apaga.

Rebelado

Retrato de sí

Solo conmigo lleno de ser,
el surco labrado, la tierra hundida,
el humo de una chimenea transparente...
Galgos escondidos en la madrugada.

Suéname, silencio, hueco de palabras,
y no me dejes ensombrecer mi llama
por el estertor que nos embrutece a todos.
En este barco sombrío por su armazón cerrado
hay líneas y esquinas rectas y punzantes
que salen de la mente. ¿Y del corazón?
No me digas que nada y que te alejas.
Tengo miedo de no saber volar.

En positivo

Quiero pensarte a mi manera
pero pienso los demás mejores, y me desdibujo,
mi logro queda empañado por un complejo.

Dando vueltas
me siento en la montaña arriba
bajando a la primera perspectiva de lo extenso.
Mi humilde condición de recién levantado
me impide retomar mi cuerpo.

Acurrucado en una bata naranja bajo la ventana
alcanzo los rayos que clarean los cristales bajo mi
escritorio...
¡Un ser descansa en unidad!

Y de aquello ya en olvido vuelve la súplica.
Y por cada comenzar un momento que promete.
Un latido, una llamada, un acobardar al destino.
Y la mente
no enfrenta cobarde su andadura.
Retiene los pasos empachada de sí.

Te reconozco,
pero no quiero pensarte a tu manera.
Déjame desdecirte y destemplarte, a la manera de un
exiliado.
¡Permíteme que doblegue lo falso de una existencia
pensada, (o de un pensamiento existido)!

Con el cambio de luces, con la aurora
voy a ampliar horizontes y llamar al pulso firme decidido,
voy a no dejar de contar lo que sucede,
así de constante, con mi sonrisa de pájaro...
y aceptarlo tal cual es, sin memoria.
Porque así, subiré la mirada a un "buenos días" sincero, al
comienzo de todo,
y bajaré de nuevo a contagiarte de Vida.

Rojo turbio

Contéplame rota la luna de mayo
esta noche quieta de cielo infinito
que me ha traído las nubes grises
a mi rincón de tierra, que es mi ciudad,
y mírame morir en plenitud,
el llanto corrido aunque sea blanco,
aunque duela enfundado en el pecho.

Contéplame de nuevo

esta hora que equidista un agujero, el ojo de una aguja.
Mi mismo sol, ronco de memoria, y el sueño que fue
que es mi infancia enjardinada
y el patio adolescente donde yo crecí.
Mírame morir las plantas de los pies, los brazos fornidos,
la cerrazón de los párpados, la textura de los hombros...
el atardecer rojizo intenso que también muere. Como
yo.

...

El hombre incivilizado pasó ya. No es capaz de abarcarte
porque le asustas. Teme
encontrar la nada de tu sombra.
La niebla de temores, el humo. Sólo es sustrato
que se descubrirá en otra era: objetos y piedra labrada.

¡Habrà una campana que doble ese nombre!, espejo,
¡entonarán los que velan un canto perdido!, cuadro,
¡se acordará la ingratitud de lo que fueron los sentidos!,
lecho.
Entonces, y sólo entonces
alcanzará el alba la mañana.

EPÍLOGO:

Silencio...
Un pájaro despliega sus alas.